

RUY BLAS (*sosteniéndose con trabajo*).—No, no es nada... el aire y el sol... la fatiga del camino... (*Aparte.*) ¡Abrir al rey!

(*Cae desfallecido sobre un sillón; el ferreruelo se entrea-bre y deja ver la mano izquierda envuelta en un vendaje ensangrentado.*)

CASILDA.—¡Gran Dios, señora, tiene la mano herida!
LA REINA.—¡Herida!

CASILDA.—¡Y pierde el conocimiento! ¡Pronto, hagá-mosle respirar alguna esencia!

LA REINA (*buscando en su seno*).—Un frasco tengo aquí con un licor... (*En el mismo instante su mirada se fija en el encaje de las mangas de Ruy Blas.—Aparte.*) ¡Es el mismo encaje!

(*En el momento de sacar el frasco del seno, y en su turbación, coge al mismo tiempo el pedazo de encaje que allí oculta. Ruy Blas, que no separa de ella la vista, ve salir el objeto del seno de la Reina.*)

RUY BLAS (*fuera de sí*).—¡Oh!

(*Las miradas de la Reina y de Ruy Blas se encuentran: sigue una pausa.*)

LA REINA (*aparte*).—¡Él es!

RUY BLAS (*aparte*).—¡Sobre su corazón!...

LA REINA (*aparte*).—¡Sí, es el mismo!

RUY BLAS (*aparte*).—¡Dios mío, permitid que muera en este instante!

(*En el desorden de todas las damas, que se oprimen en derredor de Ruy Blas, nadie observa lo que pasa entre la Reina y él.*)

CASILDA (*haciendo respirar el frasco á Ruy Blas*).—¿Cómo os habéis herido? Sin duda durante el camino. ¿Por qué os encargasteis de traer el mensaje del rey?

LA REINA (*á Casilda*).—¿Acabarás con tus preguntas?

LA DUQUESA (*á Casilda*).—¿Qué le importa eso á la Reina, hija mía?

LA REINA.—Puesto que él la escribió, bien podía traerla.

CASILDA.—Pero no ha dicho que él escribiese la carta.

LA REINA (*aparte*).—¡Oh! (*A Casilda*). ¡Cállate!

CASILDA (*á Ruy Blas*).—¿Estáis ya mejor?

RUY BLAS.—¡Renazco!

LA REINA (*á sus damas*).—Ya es hora de retiraros, señoras. (*A los pajes*). Que se dé alojamiento al conde. Ya sabéis que el rey no vendrá esta noche, pues pasará toda la estación cazando. (*Se retira con su servidumbre.*)

CASILDA (*mirándola salir*).—La Reina tiene algún pensamiento fijo.

(*Sale por la misma puerta que la Reina, llevándose la cajita de reliquias.*)

RUY BLAS (*solo. Parece escuchar aún algún tiempo con profunda alegría las últimas palabras de la Reina, como presa de un sueño. El pedazo de encaje que la Reina ha dejado caer, en su turbación, está sobre la alfombra; lo recoge, mirale con amor y lo cubre de besos, levantando después los ojos al cielo.*)—¡Oh Dios mío, gracias! Yo me vuelvo loco. (*Mirando el pedazo de encaje.*) ¡Lo tenía junto al corazón!

(*Lo oculta en el pecho. Entra el conde de Oñate, volviendo de la puerta de la cámara á donde ha seguido á la Reina; adelántase lentamente hacia Ruy Blas; llegado cerca de él, sin decir palabra, desenvaina á medias el acero, y por su mirada parece medirle con el de Ruy Blas. No son iguales, y vuelve á envainar. Ruy Blas le mira con asombro.*)

ESCENA IV

RUY BLAS, EL CONDE DE OÑATE

EL CONDE (*envainando su espada*).—Llevaré dos de igual longitud.

RUY BLAS.—Caballero, ¿qué significa?...

EL CONDE (*con gravedad*).—En el año 1650, hallándome en Alicante, estaba yo enamorado. Un joven hermoso como un Adonis, miraba con descaro á la dama de mis pensamientos, pasando á menudo por debajo de su balcón con aire conquistador. Llamábase Vazquez; era caballero, aunque bastardo, y en un duelo le maté... (*Ruy Blas quiere interrumpirle, pero el conde le detiene con un ademán, y continúa.*) Más tarde, hacia el año 66, Gil, conde de Iscola, opulento caballero, envió á casa de mi dama un billete de amor por medio de un esclavo. Mandé matar á este último y yo despaché al amo...

RUY BLAS.—¡Caballero!

EL CONDE (*continuando*).—Algún tiempo después, por el año 80, sospeché que mi amada me engañaba, prefiriendo á un tal Tirso Gamonal, uno de esos gallardos jóvenes que llaman la atención por su gracia y altivez. Provoqué á don Tirso y también le dí muerte...

RUY BLAS.—Pero, en fin, ¿qué quiere decir eso, caballero?

EL CONDE.—Eso quiere decir, conde, que del pozo sale agua cuando la sacan; que á las cuatro de la mañana despunta el día; que hay un sitio desierto muy propio para los lances de honor, detrás de la capilla; que os llamáis César de Bazán, y yo Guritán de Torres y Guevara, conde de Oñate.

RUY BLAS (*friamente*).—Está bien, caballero, no faltaré. (*Desde hace algunos instantes, Casilda ha estado escuchando con curiosidad, en la puertecilla del fondo, las últimas palabras de los dos interlocutores, sin ser vista de ellos.*)

CASILDA (*aparte*).—¡Un duelo! Advertiré á la Reina. (*Desaparece por la puertecilla.*)

EL CONDE (*siempre imperturbable*).—Por si os place conocer algo mi modo de pensar, os diré, para vuestra

inteligencia, que nunca me gustaron esos jóvenes almiarados, de mostacho retorcido, en quienes se fija la atención de las bellas, que les dirigen miradas de amor y que saben tomar las más graciosas posturas; pero que se desmayan si reciben algún rasguño.

RUY BLAS.—No comprendo...

EL CONDE.—Comprenderéis muy bien. Los dos adoramos el mismo ídolo, y de consiguiente, uno de nosotros sobra en palacio. Vos sois escudero y yo mayordomo, y en este sentido tenemos derechos iguales; pero por lo demás la partida es desigual. Si á mi me asiste el derecho del más antiguo, vos tenéis el del más joven, y por eso me dais miedo. Veros junto á mi con vuestras pretensiones y vuestro aire conquistador es cosa que me molesta mucho. En cuanto á luchar con vos en el terreno del amor, locura fuera intentarlo, porque la gota y otros achaques me impedirían acometer la empresa de disputar el corazón de una Penélope á un joven tan propenso á los desmayos. Sois muy bello, cariñoso, tierno é interesante, y por todas estas razones me veo en la precisión de mataros.

RUY BLAS.—Tratad de hacerlo.

EL CONDE.—Conde de Garofa, mañana á la hora de despuntar el alba os esperaré en el sitio indicado, sin testigos ni lacayos; allí nos batiremos con espada y daga, si os place, como cumplidos caballeros y cual conviene á nuestra categoría.

(*Presenta la mano á Ruy Blas que la estrecha.*)

RUY BLAS.—Ni una palabra de esto. ¿No es así? (*El Conde hace una señal afirmativa.*) Pues hasta mañana.

(*Ruy Blas sale.*)

EL CONDE (*solo*).—No, su mano no ha temblado en la mía, aunque debe estar seguro de morir. Es un valeroso joven. (*Ruido de una llave en la puertecilla de la cámara de la Reina; el conde de Oñate vuelve la cabeza.*) ¡Abren la puerta!

(*La Reina se presenta y adelántase vivamente hacia el conde, sorprendido y contento á la vez; lleva entre las manos la cajita.*)

ESCENA V

EL CONDE, LA REINA

LA REINA (*con una sonrisa*).—Conde, os buscaba.

EL CONDE (*muy satisfecho*).—¿A qué debo tanta dicha?

LA REINA (*colocando la cajita sobre el velador*).—¡Oh! no es nada, ó por lo menos muy poco, caballero. (*Se sonríe.*) Hace poco Casilda me decía entre otras cosas—ya sabéis que las mujeres son muy locas—decíame que haríais por mí cuanto yo quisiera.

EL CONDE.—Tiene razón.

LA REINA (*riendo*).—A fe mía, he sostenido lo contrario.

EL CONDE.—Habéis hecho mal, señora.

LA REINA.—Casilda me aseguraba que daríais por mí vuestra alma, vuestra vida...

EL CONDE.—Casilda decía muy bien.

LA REINA.—Pues yo he contestado que no.

EL CONDE.—Y yo digo que sí; por Vuestra Majestad estoy dispuesto á todo.

LA REINA.—¿A todo?

EL CONDE.—¡A todo!

LA REINA.—¡Pues bien! jurad que para complacerme haréis al punto lo que os diga.

EL CONDE.—¡Por el santo rey Gaspar, mi venerado patrón, os lo juro! Ordenad; obedezco, ó muero.

LA REINA (*cogiendo la cajita*).—Pues bien; saldréis de Madrid inmediatamente para llevar esta cajita de sándalo á mi padre, el elector de Neuburgo.

EL CONDE (*aparte*).—¡Estoy cogido! (*En voz alta*) ¿A Neuburgo?

LA REINA.—A Neuburgo.

EL CONDE.—¡Seiscientas leguas!

LA REINA.—Quinientas cincuenta. (*Mostrando la cubierta que resguarda la caja.*) Tendréis cuidado de estas franjas azules, porque se podrían deteriorar en el camino.

EL CONDE.—¿Y cuándo he de marchar?

LA REINA.—En el acto.

EL CONDE.—Permitidme que sea mañana.

LA REINA.—No puedo consentirlo.

EL CONDE (*aparte*).—¡Estoy cogido! (*En voz alta.*) Pero....

LA REINA.—¡Marchad!

EL CONDE.—¡Cómo!

LA REINA.—Me habéis dado vuestra palabra.

EL CONDE.—Es que un asunto...

LA REINA.—No admito excusa.

EL CONDE.—Para un objeto tan frívolo...

LA REINA.—¡Despachad!

EL CONDE.—Concededme sólo un día.

LA REINA.—No puede ser; complacedme y marchad.

EL CONDE.—Pero...

LA REINA.—¿Así apreciáis mi deferencia y cumplís vuestra palabra?

EL CONDE.—No resisto más; obedeceré, señora. (*Aparte.*) Si Dios se hizo hombre, el diablo se ha hecho mujer.

LA REINA (*mostrando la ventana*).—Abajo os espera un coche.

EL CONDE (*aparte*).—¡Todo lo había previsto! (*Escribe en un papel algunas palabras apresuradamente, toca una campanilla y preséntase un paje.*) Paje, lleva esto al punto al señor don César de Bazán. (*Aparte.*) Será pre-

ciso aplazar el duelo hasta mi vuelta. *(En voz alta.)*
Voy á servir al punto á Vuestra Majestad.

LA REINA.—Muy bien. *(El conde toma la caja, besa la mano de la Reina, saluda profundamente y sale. Un momento después oyesse el ruido de un carruaje que se aleja. —La Reina cae en un sillón exclamando):* ¡No le matará!



ACTO III

RUY BLAS

La sala llamada de Gobierno en el Palacio Real de Madrid. En el fondo una puerta grande sobre gradas; en el ángulo, á la izquierda, una salida cerrada por tapices, y en el lado opuesto una ventana. A la derecha una mesa grande cubierta con tapete de terciopelo verde, y alrededor de la cual hay taburetes para ocho ó diez personas, que corresponden á otros tantos pupitres colocados en aquella. El lado de la mesa que da frente al espec-